

JULIO CAMBA
Ni Fuh ni Fah

Prólogo de Pablo Martínez Zarracina

ÍNDICE

Prólogo: Camba, escritor fácil.
Pablo Martínez Zarracina, 7

- i. Ni Fuh ni Fah, 9
- ii. Lajeunesse, 11
- iii. Entre dos épocas, 13
- iv. Carneros y canguros, 15
- v. Un documental cinematográfico, 17
- vi. Rizos de oro, 19
- vii. Las charlas del Atheneum Club, 21
- viii. Delincuentes primaverales, 23
- ix. Los estimuladores de la galantería, 25
- x. La naturaleza va a la escuela, 28
- xi. Las juergas del año 20, 30
- xii. Los apaches de París, 33
- xiii. La organización de mi trabajo, 35
- xiv. El paraguas, 37
- xv. Un sabio de cuatro patas, 39
- xvi. Los caballos de Elberfeld, 41

- xvii. La panza del hombre honesto, 44
- xviii. El buzo de Juan Belmonte, 46
- xix. Duelos en París, 48
- xx. El paso de Calais, 50
- xxi. La tristeza del «clown», 53
 - xxii. La lotería, 55
 - xxiii. La igualdad, 57
 - xxiv. La emoción pura, 59
- xxv. Personas y personajes, 61
- xxvi. Un pueblo inglés, 63
 - xxvii. El turismo, 66
- xxviii. El perrito de lanas, 69
- xxix. El jamón y la pepitoria de gallina, 72
 - xxx. El *κο* odontológico, 74
- xxxi. Constantinopla-Marsella, 76
 - xxxii. Paco Sancha, 79
- xxxiii. Los gatos de Lisboa, 81
- xxxiv. Gastronomía olfativa, 83
 - xxxv. El «cab», 85
 - xxxvi. Tres sociedades, 87
- xxxvii. El «*cock-tail*» de estreptomina, 89
 - xxxviii. Fantasmas, 91
- xxxix. El hombre de los volcanes, 94
- xl. Grandes hombres de vitrina, 96
 - xli. La USA y los usanos, 98
- xlii. Barbarie, civilización, locura, 100
 - xliii. Ladrones prácticos, 102
- xliv. Un experimento biológico, 104
- xlv. La invención del ocio, 107

- XLVI. Babel, 109
- XLVII. Teoría del disfraz, 111
- XLVIII. El propietario diluido, 113
- XLIX. Los malos y los buenos, 115
- L. En la plaza de abastos, 118
- LI. Los perros de Mr. Cruft, 121
- LII. En casa de Rothschild, 124
- LIII. Los solteros, 127
- LIV. El rey de los bosques, 129
- IV. Los libros y las islas, 131
- LVI. Casanova, en Londres, 133
- LVII. De Nueva York al Callao, 135
- LVIII. Sí, 138
- LIX. Se ha perdido un multimillonario, 140
- LX. Bernard Shaw y la bailarina, 142
- LXI. Mi amigo Forbstein, 144
- LXII. El libro-muerte, 146
- LXII. Frau Schultze, 148
- LXIV. Las truchas, 150
- LXIV. La belleza experimental, 152
- LXV. Matachines y matachones, 155
- LXVII. Cabezas históricas, 157
- LXVII. El catarro nasal, 159
- LIX. El frío, 161
- LXX. Los autores inéditos, 163
- LXXI. Los nombres extranjeros, 165
- LXXII. El palacio del proletariado, 168

PRÓLOGO
CAMBA, ESCRITOR FÁCIL

SOBRE CASI TODO, SOBRE casi nada, Esto, lo otro y lo de más allá, Ni Fuh ni Fah... Julio Camba estuvo a punto de terminar titulado sus recopilaciones de artículos encogiéndose de hombros. No le dio tiempo. Este es su penúltimo libro. Apareció en junio de 1957 y debe situarse entre la antología *Mis páginas mejores* y *Millones al horno*.

Qué bien titulaba Camba. Y con qué seriedad entendía el oficio. El triunfo en la escritura consistía para él en no tener que escribir más. Si no quedaba otro remedio que hacerlo, mejor escribir corto y cobrar largo. O resucitar algún viejo artículo y volver a cobrarlo. Bastaba con que hubiese pasado el tiempo suficiente para que se le hubiese muerto media generación de lectores. Y con que el artículo, diez o quince años después, siguiese siendo claro, insólito, exacto y brillante. A Camba le funcionaba. Lo suyo siempre parece escrito esta mañana. A los demás las columnas se nos pasan de moda por lo general en el segundo párrafo.

Muchos de los artículos que aparecen en este libro llegaron a completar un virtuoso círculo de reciclaje: del periódico pasaron al libro y regresaron después al periódico. Al ABC, en este caso, donde renacieron con suntuosidad: a página completa y con maravillosas ilustraciones de Lorenzo Goñi. Nunca se vieron los

I
NI FUH NI FAH

UNA DE LAS POCAS cosas que siempre hemos tenido por ciertas acerca de la China resulta ahora ser una mentira como una casa. Me refiero a esa especie de que los chinos, mientras gozan de buena salud, les pasan una pensión a sus médicos, retirándosela tan pronto como son víctimas de alguna enfermedad y no volviendo a pagársela hasta que se encuentran perfectamente restablecidos. Viajeros dignos de todo crédito aseguran que la sabiduría china no ha llegado aún a elaborar ese sistema que, evidentemente, sería la suma perfección, y, al parecer, en la China ocurre lo mismo que aquí; esto es, que el interés de los médicos no consiste en tener a la gente sana, sino, al contrario, en procurar por todos los medios que caiga enferma.

Pero lo que no es cierto de los médicos sí lo es de los astrónomos, o, por lo menos, lo era en la antigua China, donde estos respetados caballeros solían responder con sus cabezas de todos los tifones, terremotos, lluvias torrenciales, huracanes y tornados que no habían sido capaces de evitar. Así, un día, mil o mil quinientos años antes de la era cristiana, los chinos empezaron a ver cómo el sol iba siendo devorado en el firmamento por un dragón espantoso, y, poseídos del mayor pavor, se echaron a buscar por todas partes a los sabios Fuh y Fah, que eran los astrónomos más ilustres de la corte. El dragón ya le había dado al sol un gran mordisco en

la cabeza, y amenazaba con tragárselo todo entero cuando aún no se había encontrado rastro alguno de Fuh ni de Fah.

—¿Dónde estarán esos hombres?—se decía el pueblo, aterrorizado—. ¿Por qué no vienen de una vez a matar al dragón?

Y echando mano de todos los tambores que había en Pekín, empezaron a batirlos desesperadamente, a ver si el monstruo se asustaba con el ruido.

¡Plan! ¡Plan! ¡Racataplán!...

Al redoble de los tambores se unía el vocerío ensordecedor de la multitud, y, poco a poco, pudo verse cómo el dragón iba, aunque de muy mala gana, soltando su presa. Por fin, y gracias a los esfuerzos concertados de todo el pueblo, el dragón abandonó la lucha y huyó, sin que hasta la fecha haya logrado averiguarse adónde; pero ¿qué era de Fuh y de Fah?

No se dio con ellos hasta algunas horas más tarde, cuando un grupo de chinos que entró en una taberna a celebrar la victoria del sol los encontró borrachos perdidos debajo de una mesa. Sí, señores. Los dos ilustres, honorables y venerables ancianos, gloria de la ciencia, asombro de la Humanidad y orgullo del celeste Imperio, estaban borrachos perdidos. Se habían puesto a beber desde por la mañana, y cuando el dragón, que los acechaba, vio que ya no podían tenerse en pie, fue cuando decidió lanzarse sobre el sol.

Huelga añadir que tanto Fuh como Fah fueron decapitados inmediatamente, con todos los honores debidos a su alta jerarquía. Luego se nombró a otros dos astrónomos de corte, y mientras no hubo inundaciones ni terremotos, eclipses de sol ni tempestades de arena, los hombres se dieron la mejor vida del mundo.

II
LAJEUNESSE

ERNESTO LAJEUNESSE, EL FAMOSO crítico literario de *Le Journal*, pontificaba todas las noches, de diez a doce, en un bar de los grandes bulevares adonde me llevó una vez Rubén Darío.

—¿Qué hay de Moreas? —le preguntó Rubén, quien sabía que el gran poeta estaba gravemente enfermo.

—Se morirá esta madrugada, sin falta —le contestó Lajeunesse—. Yo le he hecho ya la necrología. ¿Quieren ustedes que se la lea?

Nos la leyó tres veces con su voz de loro, y nos la hubiese leído tres o cuatro veces más si yo no agarro a Darío del brazo y me lo llevo afuera, poco menos que arrastrándolo.

—¡Qué francés tan petulante! —le dije yo a Darío, una vez en la calle, refiriéndome a Lajeunesse—. Ha dicho que le hizo la necrología a Moreas como hubiera podido decir que le había administrado la extremaunción. ¿Cree usted que, en efecto, Moreas se morirá esta madrugada?

Y Darío hizo un gesto así, como significando:

—¡Qué remedio le queda! No va a dejar colgado con su necrología a un crítico tan importante como Lajeunesse.

Pero Moreas, aunque estaba en realidad muy grave, no se murió aquella madrugada, ni tampoco a la madrugada siguiente. Sacando fuerzas de flaqueza, aguantó aún seis o siete días, y yo creo que lo hizo únicamente para que Lajeunesse no se saliese con la suya.

Moreas, que era griego de nacimiento, no se llamaba Moreas, sino Papadiamautopoulos; pero en cuanto pisó los bulevares se dio cuenta de que con un apellido como aquel no se podía ir a ninguna parte en París. De ahí el que lo suprimiera, adoptando en su lugar el seudónimo de Juan Moreas. Era un gran poeta francés, pero había nacido en Grecia, de padres griegos, así como José María de Heredia, otro gran poeta francés de la misma época, había nacido en Cuba, de padres españoles. Francia estaba entonces en su apogeo, y absorbía a los hombres de todas partes.

Moreas llegó a París en las postrimerías de Verlaine, a quien acabó por sustituir en los cafés del barrio latino, y especialmente en el Vachette. Había allí un camarero que, al contacto con la peña de los simbolistas, se había hecho simbolista a su vez, y, para demostrar su filiación literaria, le servía siempre a Moreas el café con este dístico:

*A monsieur Moreas
J'apporte un café-tasse.*

Moreas le decía:

—¡Bravo! ¡Muy bien! Ese es el camino. Ponme el café en la cuenta...

Y así se iban pasando los meses y los años.

Rubén Darío tenía una profunda admiración por Moreas; pero, probablemente, era mejor que él. También admiraba mucho a Lajeunesse, y es que de su trópico natal le quedaba, sin duda, todavía una gran afición a los loros.

Por mi parte, yo, que acababa de llegar a París, veía de una manera confusa todo lo que había a mi alrededor, y aquel bar de los grandes bulevares donde Ernesto Lajeunesse exhibía sus abalorios y su psitacosis, empeñándose en cantarle responsos funerarios a un hombre todavía vivo, me produjo una impresión verdaderamente macabra.

III
ENTRE DOS ÉPOCAS

CUANDO UN HOMBRE SE queda sin hogar, siempre tiene el recurso de irse con sus bártulos a una casa de huéspedes; cuando se queda sin familia, puede, si sus medios se lo permiten, adoptar una familia ajena, y cuando se queda sin dinero, quizá lo que más le convenga sea fundar un banco; pero ¿qué hace el hombre que se queda sin época?

Porque este es el caso de todos los hombres de hoy. La época en que vivíamos, ya bastante caduca y carcomida la pobre, se ha desmoronado de pronto sobre nuestras cabezas —la bomba atómica parece que fue lo que vino a darle la puntilla—, y aún no tenemos otra donde refugiamos. Normalmente, las cosas no suceden nunca de esta manera. Entre las épocas que nacen y las que mueren, suele haber siempre las llamadas épocas de transición, que vienen a ser algo así como unas grandes estaciones de enlace, con parada y fonda para todos aquellos viajeros que, procedentes del pasado, se dirigen al porvenir; pero ahora no hay nada parecido. De la noche a la mañana nos hemos encontrado fuera de nuestra época, y como la época futura no se ha formado todavía, sería inútil que pretendiésemos acomodarnos en ella.

Todos hemos conocido a hombres que, habiendo desempeñado papeles importantísimos en sus épocas respectivas, y no habiéndose muerto con ellas ni habiendo sabido tampoco adaptarse a los tiempos nuevos, estaban en el mundo como pudieran estar

en un museo de figuras de cera; pero esos hombres, supervivientes de sí mismos, constituían una excepción y, como los postes telegráficos a largo de una carretera, servían para hacerle ver al viajero los progresos de su marcha. Ahora, en cambio, no es que la Humanidad no logre adaptarse a su nueva época, sino que, por absurdo que ello pueda parecernos, esta nueva época no existe aún.

¡Terrible conflicto este! Se concibe que un hombre se quede sin casa, sin familia o sin amigos, y que siga viviendo. También hay hombres que, mal o bien, viven sin vesícula biliar, sin bazo, sin un riñón o sin parte del estómago; y hasta los hay que logran vivir sin dinero alguno; pero lo que no se había visto nunca es una Humanidad que se quedase sin época y continuase, como si tal cosa, vivita y coleando, al margen del calendario y del reloj. Este espectáculo, comparable tan solo al de unos peces que siguiesen nadando después de quedarse sin agua, o al de unas aves que continuaran sus vuelos una vez desprovistas de atmósfera, supera a todo lo imaginable, y bien vale la pena que le dediquemos un momento de reflexión.

IV
CARNEROS Y CANGUROS

EN ABRIL O MAYO de 1801 atracó al muelle de Sídney un barco inglés que llevaba a bordo trece magníficos merinos españoles. Por aquel entonces no había en Australia, que se sepa, carneros de ninguna clase. Había, sí, muchos canguros; pero estos simpáticos animales, que se guardan a sus hijos en los bolsillos, no son de mayor utilidad para el hombre, y en gran parte no lo son, precisamente, por tener bolsillos, ya que esta peculiaridad los inhabilita para ser utilizados como *croupiers*¹ en nuestras salas de ruleta y treinta y cuarenta. Algunos, es cierto, boxean estupendamente; pero ¿de qué nos sirve el que un canguro pueda dejarnos *ko*? Lo que nos serviría sería el que la especie tuviese, en general, una carne buena para nutrirnos o produjese una lana a propósito para abrigarnos, y tanto en punto a nutrición como en punto a abrigo, un solo carnero vale más que cien canguros.

Como digo, fue en el 1801 cuando los merinos españoles llegaron a Sídney, y sus balidos pusieron en los valles australianos una nota melódica tan nueva y original, que los pequeños canguros sacaban, para oírla, sus agudas orejas de los bolsillos mater-

1 En la presente edición se ha actualizado la ortografía conforme a las últimas normas asumidas por la editorial, pero se han mantenido las voces extranjeras, ya que reflejan el momento histórico del español en que los artículos fueron escritos. (N. de los E.)

nos, mientras los canguros padres disponían sus colas a modo de bastones-asiento y, ya convenientemente instalados, no se cansaban nunca de escucharla. Y de aquellos primitivos carneros españoles, de aquellos trece únicos ejemplares que llegaron a Sídney en el 1801, fueron saliendo, poco a poco, los ciento quince o ciento veinte millones que pueblan hoy el continente australiano.

Los merinos españoles eran, al parecer, originarios del Asia Central, de donde pasaron al Asia Menor mucho antes de la era cristiana, trasladándose después a Grecia y luego a Roma, para acabar viniendo a España en tiempos del Imperio romano. Su proceso inmigratorio es idéntico al de las grandes razas humanas, y lo que yo quisiera saber es quién seguía a quién en la marcha general hacia el Occidente; esto es, si los carneros iban delante como hombres y los hombres detrás como carneros, o viceversa. Hay quien sostiene que eran los carneros quienes llevaban la delantera, desplazándose constantemente en busca de nuevos pastos, y que los hombres los seguían para abrigarse con sus lanas y nutrirse con sus gigotes; y hay quien pretende que, al contrario, las inocentes criaturas, incapaces de orientarse por sí mismas, se dejaban arrastrar a ciegas por el *homo sapiens*; pero todavía no se ha llegado en esto a una conclusión definitiva. No. Todavía no se sabe quién precedía a quién en la gran marcha de hombres y carneros, y mientras no se sepa esto no se sabrá tampoco si la lana es un producto de la civilización, o si la civilización es más bien un subproducto de la lana.

Aunque, preocupados como estamos todos por el precio astronómico que van alcanzando los lanificios, quizá estos problemas nos resulten hoy demasiado académicos.